

CAPITULO 15

En la cabeza de ambos rondaba Alondra, la ondina predilecta del río Imperial. Ahora, no se atrevían a manifestarlo. Ni siquiera a hacer una mínima alusión. Ella se anidaba en la vida de ambos que, dominados por la cobardía, sin ánimo de expresar sentimientos, privilegiaban el mutismo. Se engañaban en un juego de simulaciones, empeñados en burlar la realidad.

Se enfrentaban al viejo dilema de la disputa por el amor de una misma mujer e ignoraban cómo resolverlo. Mientras viajaban de Carahue rumbo a sus cabañas, apenas si hablaban y ni siquiera, se atrevían a perturbar el silencio. Aquella locuacidad, tan propia de artistas, se diluía en la desconfianza. Se enturbiaba como agua de ciénaga a la orilla del camino, rumbo al pasado.

Mientras Javier descendía de la camioneta al llegar a la cabaña, aparecía Alondra a recibirlo, ataviada con ese vestido que aumentaba su hermosura. Se había maquillado los ojos, la boca y puesto al cuello una pañoleta floreada. Mientras besaba a su protector en la mejilla, saludaba a Luis Onfrey con la mano en alto. Aleteo de una mariposa, extraviada en la

noche.

¿A cuál quería seducir? ¿O la animaba el deseo de navegar en aguas turbulentas? ¿Jugar al dúo a tres voces? Disputada. Tintín aprovechó la presencia del amo y se dedicó a ladrar, al ver esa escena de ternura.

—Hasta la próxima, compadre Alcántara. Y buenos días, Alondra —y Luis se alejaba en su camioneta, manejando con la temeridad de siempre, ahora aumentada por nuevos escenarios.

En un recodo del camino desaparecía y la quietud regresaba, aunque nadie podía asegurar hasta cuándo. Se avivaba el fuego en la fragua de la discordia. A los amigos los había herido una flecha envenenada, lanzada por una persona desconocida, venida desde el pueblo. Javier y Alondra condujeron hasta la cocina, dos canastos con víveres y después se sentaban en la salita.

Se observaban en silencio, como si no se conocieran o no tenían de qué hablar. Ahí, él sacó del bolsillo del pantalón la hoja doblada del diario y la entregó a Alondra. Ella no precisaba explicaciones a esa hora, para entender el contenido. La mantuvo en su mano por unos instantes; después, la ponía sobre una mesita y se cruzaba de brazos, como quien va a confesar un delito.

—Javier, en nada te he mentado. Debo reconocer mi participación en varias protestas en el Walmapu, donde a menudo se nos reprime. Detrás de este gobierno, permanece la mano de la oligarquía, dispuesta a todo, empeñada en defender sus privilegios. Se nos acusa de quemar la casa de un terrateniente, donde sus propietarios murieron calcinados.

—Me enteré de esta noticia por boca de Luis y la estimé una cobardía.

—Juro Javier, que nadie de nosotros participó en esa actividad criminal, que repudiamos. Asesinar, es ajena por completo a nuestros principios revolucionarios. Son otros los culpables.

—¿A quiénes te refieres?

Alondra se adhirió al silencio cómplice, mientras pensaba qué responder. Algo retenía sus explicaciones, las cuales podía inventar. ¿Mentir? Acuciada, acorralada por quién la protegía, respondió:

—Tardará en conocerse la verdad, Javier, pero se va a imponer.

—Sí, mientras te ocultas aquí, sin saber qué sucede con tus amigos. No veo consecuencia de tu parte. ¿O me equivoco?

—Me juzgas con dureza y hieres mi intimidad, la cual te he

entregado. ¿Eso significa que tu hospitalidad va a cesar?

—Nada de eso, querida Alondra. Puedes permanecer en mi cabaña, hasta que se olviden de ti. Creo que este es un excelente sitio para ocultarse.

—Me tranquilizas...

—En semanas, nadie se asoma por estos parajes. Aquí se vive de espaldas al tiempo, y a menudo pienso que es el sitio ideal, para un hombre como yo.

—En cualquier momento, Javier, debo marcharme. Ha transcurrido demasiado tiempo y mis compañeros, quizá piensen que he abandonado la causa o estoy muerta.

—Este es un lugar solitario, alejado hasta de la soledad.

—¿Sabes? Logré huir oculta en un camión que abastece de víveres al penal, hasta la orilla del río Imperial, donde alguien me esperaba con un caballo. Le puse por nombre Curiche, que en mapudungun, significa negro.

Se restregó las manos como si se las lavara y continuó, mientras su voz adquiría la fortaleza de quien sabe, cómo defender sus ideas.

—En tanto, había perdido parte de mi abrigo. Esa mañana, debía llegar a la desembocadura del río Imperial, donde me aguardaban dos compañeros, sin embargo, Curiche se detenía de golpe y después de corcovear, me lanzaba de cabeza al río.

—De ser así, de casualidad no te ahogas.

—Conseguía nadar un trecho en medio de la turbulencia y llegaba al meandro donde me encontraste, por completo debilitada.

Hizo una pausa, mientras se abrochaba el cuello del vestido y en sus ojos se podía adivinar la causa de su angustia. Destellos entre desesperanza y deseos de vencer esa hostilidad, que ignoraba cómo superar.

—Me hallaba tan disminuida, hambrienta, aterida de frío, que no tenía fuerzas para resistir y me empezaba a ahogar. A duras penas me cogía de los juncos y después perdía el conocimiento.

—Si yo hubiese tardado unos minutos en llegar a pescar, quizá habrías muerto.

—Me temo que sí. Y por favor, debes creer mi historia.

—Agradezco Alondra tu sinceridad.

—¿Mentir a quien ha arriesgado tanto por mí?

—Ahora, querida Alondra, desearía expresar una inquietud, más bien un deseo ferviente, que desde hace semanas me agobia. Debes escuchar con calma lo siguiente y no es fácil para mí expresarlo. Me gustaría que te quedaras para siempre, a vivir conmigo.